

EL TRABAJO HUMANO

(Enero 1988)

Al comenzar un nuevo año hacemos normalmente muchos y variados propósitos y no pocos de ellos tienen que ver con nuestro trabajo. Trabajo en la producción y los servicios, trabajo en el hogar, en la agricultura o la construcción, en el sector de la ciencia y de la técnica o en las distintas artes. Pero trabajo siempre transformante e indispensable, de un modo u otro, para la creación de riquezas, pues no existe otra forma de aumentar los bienes materiales, sino por medio del trabajo del hombre (ver Encíclica sobre el hombre trabajador del Papa Juan Pablo II). También las posibilidades de crecimiento espiritual del ser humano dependen en gran medida de su propio trabajo.

Por estas razones, la actitud del cristiano ante el trabajo y la integración de la actividad laboral en su vida de discípulo de Jesucristo son partes fundamentales de su espiritualidad.

La Biblia, en sus primeros capítulos, nos presenta la creación del mundo como un «trabajo creador» ejecutado por Dios mismo. Al comienzo del libro del Génesis, el autor sagrado, que recoge antiquísimas tradiciones orales de su pueblo, describe a Dios que llama de la nada a las estrellas, que hace florecer la tierra y la puebla de animales, que sitúa por último al hombre y la mujer en medio de todo lo creado y ve que todo lo que ha hecho «es bueno». Concluido el quehacer inicial que da origen a cuanto existe, nos dice la Biblia, en su profundo e ingenuo lenguaje, que «descansó Dios de todo el trabajo que había hecho».

El Creador es un Dios actuante, que realiza preciosamente su obra creadora, que goza con el fruto de su trabajo cuando ve que todo le ha quedado bien, que puede descansar tranquilo después de la labor realizada.

Pero ese Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza. ¿Qué quiere decir esto? Que el ser humano tiene un parecido con Dios, que, como Él, debe trabajar creativamente, gozar con los bienes producidos y descansar de su trabajo, lo cual no es solo cesar de obrar, sino sentirse feliz con la obra realizada.

Dios ha dado al hombre, y a la mujer, una especial participación en su poder creador colocándolos por encima de las cosas, de los animales y de la naturaleza toda para que «domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra» (*Gn 1, 2-6*).

Esto es capaz de hacerlo el hombre consciente y libremente, en forma ordenada y planificada por su condición de ser no solo material, sino también espiritual. Por esto, además, si es fiel al plan del Creador, encontrará siempre nuevas ocasiones para engrandecer la creación entera, porque desde la siembra manual que se realiza inclinándose sobre el surco, hasta la exploración del espacio extraterrestre, la actividad humana debe ser una respuesta al mandato solemne del Creador: «Llenen la tierra y sométanla».

Es hermoso todo cuanto hasta aquí hemos dicho, citando la Biblia, con respecto a la vocación del hombre al trabajo. Pero hay también un lado penoso en el trabajo humano y la Biblia no lo ignora: «Comerás el pan con el sudor de tu rostro» (*Gn 3, 19*). Es especie de maldición que pesa sobre el trabajo, aparece en la Sagrada Escritura después que el hombre se llenó de soberbia, se rebeló contra Dios y cometió el pecado. El hombre

irreconciliado, víctima de sus caprichos, está expuesto siempre a la tentación del menor esfuerzo, del placer, de la comodidad y de la inconstancia. Y así muchos de los sudores y de las penas que acompañan al trabajo provienen de que algunos hombres lo vuelven difícil y penible para otros hombres o porque nosotros mismos trabajamos sin motivaciones válidas, sin gusto, o conscientes de no estar obrando rectamente. En una palabra, si el ser humano deja de presentarse y actuar en medio de la Creación como imagen de un Dios que, por ser bueno, lo hace bien todo, y se constituye él mismo en un pequeño dios que proyecta su propia imagen egoísta y ambiciosa, disponiendo a su antojo y en su provecho de los bienes de la tierra, si busca el propio bienestar desentendiéndose del de los demás, si pretende con el trabajo no solo dominar la naturaleza, sino dominar y explotar también a otras personas, si la obra emprendida no es buena, si destruimos el entorno natural y humano inconsideradamente, falla entonces en nosotros el proyecto creador de Dios en detrimento de la humanidad de hoy y del futuro.

Es necesario resituar en una perspectiva de fe el valor del trabajo para los trabajadores cristianos, especialmente para los más jóvenes.

Para someterse a la ley del trabajo y para dignificarlo aún más, Jesucristo, el Hijo de Dios, trabajó con sus propias manos. Y si algún despistado discípulo de los inicios del cristianismo pretendió que el seguidor de Jesús solo debía dedicarse a esperar la llegada del Reino de Cristo, recibió una concluyente respuesta del Apóstol San Pablo que ha pasado, a modo de refrán, al lenguaje popular: «quien no trabaja que no coma».

Pero no basta la simple presentación de un ideal que, en su formulación, se descubre de por sí hermoso, para que el hombre ame al trabajo y lo valore rectamente porque, si somos realistas, debemos reconocer los aspectos arduos y aun desagradables del trabajo humano: cuánto tedio lleva consigo la monotonía de muchos trabajos y empleos; ¡cuánta tensión física o emocional producen otros!, ¡qué desgaste de fuerzas se da en trabajos que nos parecen a veces inútiles o mal orientados! Cuánta miseria acompaña en ocasiones la actividad laboral: jefes cómodos o tiránicos, compañeros indolentes o despreocupados, relaciones humanas difíciles por causa de envidias, celos o ambiciones. Y no caigamos en el facilismo de ubicar estos males siempre en los otros. Cualquiera de nosotros y cada uno de nosotros puede durante un tiempo o sostenidamente actuar así en algunos de estos campos. Cualquiera puede hacer más difícil su propio trabajo o el de los demás. No basta, pues, con aclarar las motivaciones de fe, es necesario también interiorizarlas personalmente y mantener un esfuerzo virtuoso, con respecto al trabajo. Esta perseverancia debe nutrirse en la oración y en la vida eucarística y la marcha toda de la vida laboral ha de revisarse en el Sacramento de la Confesión de los pecados para ahondar en las motivaciones cristianas del trabajo y renovar propósitos y actitudes ante él.

En sus reuniones, los laicos trabajadores encuentran un medio muy apropiado para el intercambio y el apoyo común en sus esfuerzos por llenar su vida laboral con un aliento evangélico.

Toda acción humana, y por tanto el trabajo, aun en sus aspectos más difíciles, puede transformarse en acto redentor.

Es verdad que el trabajo redime en cierto grado al hombre. Pero es verdad también que el trabajo humano debe ser continuamente redimido por el mismo hombre. La maldición primitiva que pesaba sobre el quehacer del hombre en la tierra resulta borrada por la entrega de Cristo en su trabajo redentor del huerto y de la Cruz. Unidos a Él también nosotros podemos rescatar el trabajo humano, aun en sus aspectos menos interesantes, y hacer de él una ofrenda agradable a Dios y fructífera para la humanidad.

Un año de verdadera renovación en su vida laboral les desea con todo afecto su Obispo.